

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>La esperanza</i>	3	
<i>Hans Urs von Balthasar</i>	5	La esperanza entre la fe y la caridad
<i>Pedro Alurralde</i>	17	El monje y la esperanza
<i>Jean-Louis Brugues</i>	21	El arte de durar
<i>Alberto Espezel</i>	33	Esperanza y purificación en la teología contemporánea
<i>Xavier Tilliette</i>	43	Notas y reflexiones sobre la virtud de la esperanza
<i>Carlos G. Hoevel</i>	51	Para una espiritualidad ante la muerte
<i>Santiago Kovadloff</i>	59	Lo peor ya pasó
<i>Olegario González de Cardedal</i>	67	Destino histórico, experiencia religiosa y creación artística
<i>Leonardo Cappelluti</i>	84	Iglesia, Eucaristía e Inculturación

El monje y la esperanza

*por Pedro Alurralde**

“La vida de un buen cristiano es un acto ininterrumpido de esperanza. Deseando y esperando, amplía su capacidad para el tiempo de la verdad” (s. Agustín In epist. Joan. 5, 7).

En los primeros años de mi formación monástica tuve la oportunidad de conocer un género sapiencial-didáctico muy utilizado por los monjes, los llamados “apotelesmas o dichos de los padres del desierto”. No pocos me han quedado grabados en la memoria del corazón y, entre ellos, el que pasaré a relatar.

“Le preguntaron al abad Juan el persa: ‘Hemos soportado tan gran trabajo por el reino de los cielos, ¿lo recibiremos en herencia?’ Y respondió el anciano: ‘Creo que recibiré en herencia la Jerusalén de arriba, que está escrita en los cielos. Es fiel el que lo ha prometido, ¿por qué habría de desconfiar? He sido hospitalario como Abraham, manso como Moisés, santo como Aarón, paciente como Job, humilde como David, solitario como Juan, lleno de compunción como Jeremías, maestro como Pablo, fiel como Pedro, sabio como Salomón. Como el ladrón, tengo confianza que, así como su innata bondad nos otorgó todo esto, también nos concederá el reino.’” (abba Juan el persa, 419).

Este apotelesma me ha ayudado a comprender en espíritu y de verdad aquello que decía s. Agustín: “No les pido que pongan su esperanza en mí, sino que pongan su esperanza en Dios conmigo” (s. Agustín In ps. 145, 9).

Una esperanza paciente

“Tengan paciencia, hermanos, hasta que llegue el Señor” (St. 5, 7).

*Pedro Alurralde VSB, benedictino, Monasterio Tapasy María, Santiago (Misiones), Paraguay.

Hablamos de una esperanza sufrida pero no deprimente. De una pasión por lo posible, que ha llevado a exclamar a un santo monje: "Mantén tu espíritu en el infierno y no desesperes jamás" (Silvano del Monte-Athos +1938). Es decir, ten presente que nuestro Dios es Aquel que es, que era, y que vendrá a salvarte.

Frase audaz, pensamiento santamente atrevido, fruto de una honda experiencia en un Dios rico en misericordia, del que nunca habrá que desesperar (ver: Regla de s. Benito 4, 74).

Por cierto, esta dimensión paciente de la esperanza no debe quedar limitada al plano puramente individual. Tiene igualmente que abrazar solidaria y trascendente, el plano de la historia de los hombres.

Si el presente es un tiempo de crisis, es también un tiempo de gracia. Cada día estrenado en la esperanza, va configurando desde hoy, un rosario de "semillas de futuro". Anticipo histórico de un final feliz. Cuando la humanidad desemboque en el estuario de un Dios que está más allá del fin, más allá de la muerte, y más allá de este mundo.

Una esperanza viva

"Bendito sea Dios, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia, nos hizo renacer, por la resurrección de Jesucristo, a una esperanza viva" (I Pe. 1, 3).

Si bien como acabamos de decir, la esperanza deberá ser sufrida, paciente y solidaria, tendrá que ser también una esperanza viva, afirmada en, y dinamizada por, el Cristo de la Pascua, el viviente, el eternamente joven. El sólo podrá alimentarla y convertirla en una esperanza activa y compartida, en una esperanza pascual. Que nos permitirá repetir con el poeta, al borde ya de la muerte: "Tengo metros y metros de esperanza, para hacer millones de banderas" (Martín Descalzo).

La comunión con Cristo ahora y en todo momento, actualiza nuestra esperanza y nos va alegrando y rejuveneciendo espiritualmente. Por el contrario, la decrepitud espiritual se va adueñando de nosotros, cada vez que entristecidos volvemos al mañana nuestra espalda.

Tendremos entonces que esforzarnos para recuperar "la macrotimia", ese ánimo grande para saber esperar desde el hoy,

como crédito de futuro, que el fruto madure algún día después del mañana.

Una esperanza de gloria

“Este misterio que es Cristo entre ustedes, la esperanza de la gloria” (Col. 1, 27).

Cristo no es solamente una esperanza viva y personal, sino y sobre todo, nuestra común esperanza de gloria. De una gloria que ya tenía antes de que el mundo existiera y que desea que contemplen y compartan todos aquellos que hayan creído en él.

“La esperanza es un tesoro hecho de tesoros que todavía no han aparecido” (s. Juan Climaco). Esta frase me recuerda a mi madre, que buscaba afanosa su monedero, ¡que distraídamente llevaba en la mano!

La esperanza es ese “tesoro escondido”, que llevamos con el corazón en la mano, y que es Cristo: “el resplandor de la gloria del Padre”. El nos va iluminando insensiblemente aquí y ahora, por el ministerio del Espíritu. “Así nosotros, con el rostro descubierto, reflejamos, como en un espejo la gloria del Señor, y somos transfigurados a su propia imagen, con un esplendor cada vez más glorioso” (2 Co. 3, 18).

En esta esperanza de cada día, gloriosa pero sufrida, converge y se proyecta, la certeza del irreversible triunfo de la Pascua, cósmicamente asegurado y garantizado para el final de los tiempos.

“Esta esperanza que nosotros tenemos, es como un ancla del alma, sólida y firme, que penetra más allá del velo, allí mismo donde Jesús entró por nosotros como precursor” (Heb. 6, 19-20).